Luis M. Iruela
Psiquiatra. Hospital Puerta de Hierro. Madrid. España.

La visión del sufrimiento

No es posible permanecer en calma ante el padecimiento de los demás

La visión del sufrimiento reclama una respuesta personal que nos atañe en cuanto médicos. No se trata de una posición corporativa o deontológica, sino de algo más íntimo y directo: nuestra decisión de resistir o no la huida y evitar la indiferencia

Referentes literarios

- Franz Kafka (1883-1924).
- Herman Melville (1819-1891).
- Nathanael West (1903-1940).



Kafka.

Melville.

West.

Decía Oscar Wilde: "Donde hay dolor es lugar sagrado. Algún día comprenderá la humanidad lo que esto significa". Estas palabras, que aparecen en la carta *De Profundis,* dirigida por el autor a Lord Alfred Douglas desde la cárcel de Reading, anuncian la condición radical del sufrimiento para el ser humano, lo mucho que la desgracia puede herir a la persona entera, llevándola en ocasiones a un estado de solitaria impotencia. Pero el dolor también afecta a quienes lo observan en los demás. En esta misma carta, cuenta Wilde cómo ante el paso del escritor, esposado y conducido por los guardias, su amigo Robbie se descubre e inclina respetuosamente la cabeza.

El sufrimiento ajeno es transitivo y difícilmente soportable. Como ocurre en un incendio, el fuego puede envolver a los fascinados testigos. Por eso, muchos enfermos crónicos experiencian una lejanía emocional paulatina por parte de amigos, cuidadores y familiares a lo largo de su dilatado proceso.

Ver sufrir hace sufrir. Y la presencia del dolor, la invalidez o el anuncio de la muerte en los otros despierta en nuestro interior un impulso de huida o de negación. Pero si huimos, ¿en qué situación destructora dejamos al que sufre? Sin duda en la que Scott Fitzgerald describe en un pasaje de su novela *El gran Gatsby:* "... pensé que no había diferencia de raza o de inteligencia tan profunda como la indiferencia entre sanos y enfermos".

“C.S. Lewis escribió: ‘El dolor duele. Esto es lo que la palabra quiere decir’. Duele a quien lo sufre y a quien lo contempla. No es posible permanecer en calma ante el padecimiento de los demás. Cualquier reacción es ya una respuesta, incluso la indiferencia voluntaria o el fastidio.”

La imagen, de Tino Soriano
Muchos enfermos crónicos experiencian una lejanía emocional paulatina por parte de amigos, cuidadores y familiares a lo largo de su dilatado proceso.

La visión del sufrimiento reclama una respuesta personal que nos atañe en cuanto médicos. No se trata de una posición corporativa o deontológica, sino de algo más íntimo y directo: nuestra decisión de resistir o no la huida y evitar la indiferencia.

Tres autores literarios han explorado con una precisión asombrosa, en sendos relatos, la carga del dolor ajeno y las complejas reacciones que produce. Franz Kafka, Herman Melville y Nathanael West presentan en su obra tres actitudes distintas frente a este mismo problema.

Kafka[1]

El cuento “Un médico rural” (1917) da título general a la colección de breves relatos que lo contiene. Se trata de una narración fantástica cuyo tema principal es el fracaso ante la muerte inmediata de un enfermo. Un médico anciano recibe un aviso urgente durante la noche. Ha de acudir a un pueblo situado a diez millas de distancia en medio de un fuerte temporal de nieve. Su caballo ha muerto “agotado por las fatigas de ese invierno gélido”. Nadie le presta otro animal, y allí permanece en el patio “cada vez más cubierto de nieve, cada vez más incapaz de movimiento (...) sin saber qué hacer”.

Sucede entonces un hecho extraordinario que le proporciona dos poderosos caballos para enganchar a su vehículo, aunque deba para ello soportar el sacrificio sexual de su criada a manos de un bestial caballerizo.

A la cabecera del enfermo, siente el cansancio de su propia vida gastada. Mientras le susurra el paciente: “Doctor, déjeme morir”, él está pensando: “Soy el médico del distrito y cumplo con mi obligación hasta donde puedo, hasta un punto que ya es una exageración. Mal pagado, soy sin embargo generoso con los pobres y trato de ayudarles (...). ¿Qué hago aquí en este interminable invierno?”.

Al principio cree que la afección es banal y estima que otra vez lo han molestado inútilmente en plena noche. Sin embargo, es ya la muerte que lo observa con los ojos del joven paciente. En una segunda exploración, descubre en el costado derecho una herida grave, “abierta como una mina al aire libre”, infestada de gusanos. Y entonces se da verdadera cuenta del alcance de esa escara: “Pobre muchacho, no tienes salvación (...), esta flor de tu costado te mata”. El mismo enfermo es sabedor de ello: “Con una hermosa herida vine al mundo; ésa fue mi única dote”, dice, señalando así la condición mortal de todo nacimiento. No obstante, pregunta al médico: “¿Me salvarás?”.

La familia espera el milagro. Toda la aldea lo espera y en una extraña ceremonia le colocan desnudo en la cama del enfermo con el propósito y la esperanza de que sea su propia persona la que obre la curación como si fuera un talismán.

Pero toda esperanza encierra una amenaza: "Desvístanlo para que cure / y si no cura, mátenlo", cantan los oficiantes, con lo que el viejo médico se encuentra así completamente solo entre el dolor y la exigencia, entre la necesidad de un milagro y la certeza de la muerte. Moralmente agotado, conforta como puede al moribundo con el sosiego de una mentira y escapa, por fin, al campo nevado.

La última imagen del cuento nos lo muestra desnudo y precario en un vasto espacio nocturno, camino de un regreso imposible a su hogar.

Melville[2]

Bartleby, el escribiente es una parábola sobre el desamparo de la vida humana. Se la ha considerado, en muchos aspectos, un antecedente directo de las novelas de Kafka. Apareció publicada por vez primera en las páginas de la *Putnam´s Monthly Magazine* a finales de 1853 sin el nombre del autor y, posteriormente, se recogió en el volumen de cuentos *The Piazza Tales* (1856). Narra la historia de un silencioso amanuense desde la llegada como empleado a un bufete de Wall Street hasta su muerte en la cárcel de Nueva York. Bartleby es un hombre que ha comenzado un retiro hacia su propio interior, cortando los lazos con el resto del mundo. "Preferiría no hacerlo" es la invariable respuesta a todos los requerimientos que recibe en el trabajo. Poco a poco asistimos a un proceso de introversión casi absoluta. El personaje se va inhibiendo paulatinamente hasta alcanzar un grado extremo de inacción. La muerte tranquila le sorprende en el patio del presidio en cuyo suelo, nos dice el narrador, "nacía una suave hierba, también presa".

Durante el curso del relato no se nos ofrece razón alguna para tan misteriosa conducta. En realidad, el cronista de la historia actúa siempre como un desconcertado testigo de los hechos. Sólo al final del cuento nos concede una breve información: "Bartleby había sido empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington, de donde fue despedido (...) por un cambio en la administración".

Y más adelante interpreta: "Imagínense a un hombre que, por naturaleza y por desdicha, tiende a la pálida desesperanza. ¿Qué actividad la intensificaría mejor que la de manejar continuamente esas cartas muertas, seleccionándolas para las llamas (...)?" Misivas, pues, de esperanza que nunca llegaron a quien necesitaba un consuelo. Después de esto, el relato enmudece con las siguientes palabras: "Con mensajes de vida, estas cartas se lanzan vertiginosas hacia la muerte.

¡Oh, Bartleby! ¡Oh, humanidad!"

West[3]

Nathanael West es autor de una escasa obra literaria. En ella destaca la novela *Miss Lonelyhearts* (Señorita Corazones-solitarios) (1933), la historia de un periodista encargado de contestar con ese nombre a las cartas recibidas en la sección de "correo sentimental" de un diario neoyorkino.

Si bien, inicialmente, parece una labor trivial planteada por el redactor-jefe con un matiz de cinismo, pronto empiezan a llegar cartas firmadas por: "Desesperada", "Harta-de-todo" o "Corazón roto", que contienen las calladas tragedias de la gente sencilla.

Abrumado por tales muestras de dolor cotidiano, el periodista trata primero de esquivar el sufrimiento ajeno y después de absorberlo en un delirio de naturaleza mística.

"Su corazón era el corazón de Dios y su cerebro era asimismo el de Dios", nos cuenta la novela, "(...) corría a ayudarles a todos con su amor".

Pero también intuye el protagonista el grave riesgo de la decisión que ha tomado: "Si no quería ponerse enfermo tenía que dejar de hacer de Cristo".

Al final, todo ese inmenso esfuerzo religioso le conducirá inevitablemente a la muerte.

Tres actitudes

C.S. Lewis escribió: "El dolor duele. Esto es lo que la palabra quiere decir". Duele a quien lo sufre y a quien lo contempla. No es posible permanecer en calma ante el padecimiento de los demás. Cualquier reacción es ya una respuesta, incluso la indiferencia voluntaria o el fastidio.

Los tres relatos anteriores tienen algo importante en común: nos dicen que el contacto con el dolor ajeno acaba siendo destructivo. Y de esta destrucción nos defendemos todos. A veces, desesperadamente.

El medico rural, anciano, vulnerable y cansado, tiene que afrontar la agonía de un muchacho bajo la mirada de una familia y una aldea que le exigen el milagro. Demasiada exigencia para un ser humano. Se siente atrapado en la impotencia y no puede hacer otra cosa que aliviar la angustia de su paciente con una mentira compasiva antes de huir al páramo. Conforta primero y huye después para ponerse a salvo de su propio dolor. Esta es su actitud.

En cambio Bartleby, cerca del pálido nihilismo, comprende la ausencia de sentido del destino humano al ver como esperanzas e ilusiones se convierten en cartas muertas para el fuego. El desamparo de la humanidad le conduce a un suicidio por inacción. Al contrario que el médico rural, el escribiente entiende que no es posible la huida, que no se puede eludir el sufrimiento de los otros, ni tampoco encontrar un lenitivo que lo alivie, por eso, Bartleby elige deshacerse en la oscuridad entre el cielo y la hierba de la cárcel. "Miss Lonelyhearts", sin embargo, emprende un camino redentor y trata de cargar con el dolor de sus semejantes. Una decisión desmesurada que lo llevará, a su vez, a la enfermedad y la muerte.

Huida, aislamiento y redención son las actitudes de cada uno de los tres personajes. Y todas ellas los acercan a un final desastroso por la necesidad de eliminar su sufrimiento. En efecto, los tres caen de lleno en un terrible error, el de confundir el dolor ajeno con el propio, es decir, el observado en los otros con el que aparece en nuestro interior al observarlo.

Es esta una advertencia sutil que nos hacen los relatos, ya que, si bien es legítimo el remedio de ambos sufrimientos, en nuestra labor sanitaria debemos dar primacía al del paciente sobre el nuestro personal. En caso contrario, podríamos adoptar posturas falsamente compasivas y creer que nuestras decisiones terapéuticas están inspiradas por el interés del enfermo aunque no sea así en la realidad.

Imaginemos un caso de probable eutanasia. En la deliberación debemos saber con exactitud qué es más importante: calmar el padecimiento insoportable del paciente o el dolor del profesional y la familia, quizá asimismo insoportables. Porque pudiera ser si no que acabásemos tomando nuestra decisión por lo que Horace McCoy señalara ya desde el título de su famosa novela: *También les disparan a los caballos, ¿no?*

Bibliografía

1. Kafka F. Un médico rural. En: Obras completas. Vol. I. Barcelona: Planeta, 1974; p. 1.043-50.
2. Melville H. Bartleby, el escribiente. Madrid: CVS Ediciones; 1974.
3. West N. Miss Lonelyhearts. En: Narrativa completa. Barcelona: Bruguera, 1983; p. 17-149.